GISELA HEFFES, ed. *Poéticas de los dislocamientos*. Literal Publishing, 2012.

El libro se propone recolectar las experiencias y reflexiones de escritores hispanoamericanos que se encuentran expatriados y escribiendo en Estados Unidos. Los motivos de los diferentes exilios (profesionales, académicos, editoriales, económicos, políticos), la diversidad de experiencias en los países de origen y destino, la variedad de reflexiones sobre el impacto poético y lingüístico del dislocamiento en la escritura, son algunos de los ejes temáticos que relacionan a los artículos entre sí.

La pregunta que opera como guía se refiere a si es posible (o no) hablar de una poética de los (dis)locamientos. Las respuestas son ensayadas en tonos algunos más analíticos y otros más experienciales y en primera persona. La mayoría de escritores afirma que hay una afección de su escritura dada por el cambio de país, aunque de diferentes modos y alcances, lo que permite apreciar la singularidad de las experiencias y perspectivas de cada uno. Asimismo aparecen recurrentemente los temas de la memoria, el regreso, la partida, lo partido o fragmentado del sujeto dislocado, las fronteras (territoriales, culturales y lingüísticas), la reorganización emocional y cartográfica en el nuevo lugar/hogar, las hibridaciones y deformaciones de la “lengua madre”, las consecuencias locales de la hibridación traída por los inmigrantes, entre otras. Dado que la mayoría de los textos hablan sobre emigraciones a E.E.U.U. (exceptuando el de Sergio Cheifec a Venezuela), los mismos se articulan en relación a las singularidades de la vida en este país y su particular relación con otros países (de América Latina prioritariamente).

El cruce entre escritura literaria y actividad académica es otra de las características comunes a varios de los escritores que participan en el volumen. Esto resulta relevante para comprender los diferentes “lugares” por los que estos artistas transitan, sin fijación sino por el contrario, transponiendo lógicas y experiencias de uno a otro campo y contaminándolos entre sí. Tanto territorial como disciplinariamente: “Estas voces vagan. Vienen y se van. Aunque estén aquí, vuelven, regresan como una constelación a las ciudades o pueblos en que crecieron, a sus barrios o colonias, a sus calles, sus veredas, a esos espacios que se han transformado, y a aquellos que permanecen como si el tiempo nunca los hubiera atacado. Y ese ir y venir es justamente lo que transforma al dislocado en un sujeto sin anclaje, sin un lugar de pertenencia” (28-29).

Por otra parte las causas de la migración —en muchos de estos casos dadas por oportunidades de desarrollo profesional en el exterior— hacen que el exilio no se dé para estos escritores de modo extremadamente traumático o por causas políticas o económicas sino por una opción profesional. Esto aporta una cierta tónica a los testimonios y reflexiones y nos concentra en las consecuencias poéticas de la dislocación. Aun así, el componente emocional está presente, a veces hasta en exceso, presentándose testimonios personales un poco inconexos respecto a la temática y cuestionamientos que el volumen propone.

Por otra parte, a diferencia de la llamada “Literatura de la Emigración”, estos artículos convocan a escritores que deciden continuar su producción en español, pese a vivir y/o publicar en Estados Unidos. Aparecen entonces retratos dinámicos de las múltiples formas del español (en contraposición a la presentación de “El Español” como lengua única y monolítica). Protagonizan estos textos, varios “españoles”, sus hibridaciones, contaminaciones, tráficos y deformaciones creativas. También la experiencia de ser un escritor hispanohablante en el Norte: los conflictos, estrategias y posibilidades que esta opción lingüística, poética y política acarrea.

Así como la publicación tiene como antecedente una conferencia organizada por Heffes en 2011 –“Poetics of Displacement: Latin America Emigré Writers and The Creative Imagination”– la introducción a cargo de la editora revela algunos antecedentes editoriales relativos a producción de escritores hispanoamericanos en EE.UU. En dicha introducción también se explicita el objetivo disparador de la publicación: reflexionar sobre la experiencia de migración, desplazamiento, translocación, y el proceso escriturario, así como sobre la condición del emigrado en Estados Unidos (el país que lo hospeda, la posibilidad de retornar, la percepción de sí mismo y del nuevo lugar, lenguaje y cultura en la que el escritor se inserta, la pregunta sobre para quién escribe), las nuevas formas de solidaridad nacional que emergen en el exilio, los imaginarios nacionales, los imaginarios del exilio, el lenguaje en que el mismo se articula.

Los autores representan a una generación, delimitada no por una fecha sino por un momento de confluencia y también por la experiencia que relatara Adorno en 1945 según la cual *para el hombre que no tiene hogar, la escritura deviene el lugar para y donde vivir* (18).

Tres grupos de ensayos organizan el volumen según su editora.

El **primer grupo** problematiza *la vuelta*, tanto real como en forma de proyección imaginaria: retornos inconclusos, aspectos creativos del retorno, la figura del emigrado, el que no quiere volver pudiendo hacerlo, el regreso del regreso, la adopción de una segunda lengua aparecen entre algunos de los temas.

En “Retornos inconclusos: memoria dislocada y el deseo de volver”, Sylvia Molloy reflexiona a través de algunos cuentos de Borges, sobre el “no lugar” del retornante y las nuevas narrativas del “yo” que se producen al regreso, así como sobre los procesos de memoria respecto al lugar de partida. Pero a diferencia del tratamiento de la memoria como aquello que conserva la realidad de origen como una imagen inalterada –presente en el ensayo de Molloy– en “La música de las anomalías”, Sergio Cheifec observa cómo la memoria se actualiza con la nueva visión del “lugar de origen” luego de un tiempo. En su ensayo –que relata su migración a Venezuela– también está presente la nostalgia por un modo de vida y de consumo del propio país. En su texto Cheifec intenta combinar una mirada crítica con su experiencia personal, y aunque levanta cuestiones interesantes como la mirada *del otro* como partícipe del proceso de auto-conocimiento y definición, ninguno de los temas es abordado detenidamente.

Alicia Borinsky se concentra en Buenos Aires, sus mujeres y su tango: los procesos migratorios que expulsan y atraen mujeres a una capital porteña con características tan singulares como prestadas. Abundando las historias de divas y de putas, para el tango y la subjetividad bonaerense del siglo XX, el fracaso, el ridículo, y el desencanto amoroso son temas recurrentes. El exilio geográfico es presentado junto al de clase social, con los espejismos de poder político y poético que dichas dislocaciones producen. Un elemento ausente es destacado por Borinsky en las narrativas sobre estas mujeres: se habla mucho de los placeres por ellas otorgados, pero casi nada de los experimentados por las mismas.

En “Las aventuras de la escritora errante y el extraño caso de la vida acentuada y los dilemas siempre abiertos de la lengua postmaterna”, Cristina Rivera Garza reflexiona sobre los motivos de elección de una segunda lengua, proponiendo que toda escritura es en segunda lengua. Toda lengua es una relación y es también un lugar determinado. El ensayo relata sus experiencias docentes en EE.UU. y las de escribir en una lengua que no es la propia. Se da con ello una indeterminación que es a la vez libertad y escape, pero como señala Rivera, “toda escritura es un proceso de auto-traducción de lo que está afuera o de lo que estaría o hubiera estado. Ésta es pues, la aventura. Esto es errar” (111). Finalmente la autora cierra su ensayo pidiendo colaboración para una investigación en curso que busca recabar datos sobre escritores que han migrado (también) de lengua.

El **segundo grupo** de ensayos se posiciona del lado de *la ida*: la escritura como viaje o la poetización de la experiencia migratoria que cohesiona una forma de experimentar el desplazamiento espacial y la dislocación escritural. Aparece la experiencia de convertirse en un ser anónimo, “transterrado”, y las transformaciones que ello implica para la subjetividad. También aparecen conceptualizadas la dislocación como viaje, la palabra como lo que sobrevive en el contexto de exilio y extranjería, así como la relación entre poesía, migración y existencia.

En “(Dis) locamientos de la poesía...”, José Antonio Mazzoti brinda un testimonio personal sobre sus inicios como poeta, el activismo relacionado a estos primeros años de escritura, la intuición como pieza fundamental del aprendizaje literario y a continuación la experiencia del exilio (de Lima a Boston) y su experiencia en tanto escritor y crítico inmigrante. En su caso, el exilio está marcado por la prohibición, por el autoritarismo peruano y el dolor implícito en la poesía. Según el autor, la poesía es evitar el dolor, aunque siempre está ahí, al igual que el dislocamiento.

Vicente Luis Mora se concentra en la disolución del sujeto al cambiar de territorio, relacionando esto con su investigación académica en proceso, pero también con su experiencia personal de volverse anónimo al mudarse de España a EE.UU. Perder el lugar, aprender a ser nadie, descentrar el yo: según Luis Mora estos movimientos no pueden ser algo malo en la literatura. Relatando su propio proceso de dislocación y la experiencia posterior de encontrar un relato literario muy semejante y a la vez muy diferente de su vivencia, señala: “no es que me hubiera convertido en otro: era un notro. Una subjetividad hecha de ausencia y de vacío, una ficción” (135).

Otro peruano –Eduardo Chirinos– organiza su reflexión sobre un filme, un poema y una ciudad. Analiza los contrastes entre imaginarios creados y recreados en la realidad y en la ficción (y en la realidad de la ficción) y propone el concepto de intertextualidad –tomado de Kristeva– para analizar la experiencia de dislocamiento. Pero al intentar convertir el filme y el poema en una (*su*) experiencia real, haciendo de la misma un palimpsesto de los anteriores, se encuentra con que su viaje es más bien una página en blanco. La escritura sobre la misma es el desafío que el viaje representa.

En “El río Jequetepeque desemboca en USA” Eduardo González Viaña relata a través de diversos personajes múltiples vivencias de inmigrantes ilegales latinoamericanos en EE.UU. Las historias se contraponen con el típico sueño americano, pero no hay una conclusión sobre las mismas articulada en el ensayo. Entre las reflexiones que González Viaña comparte, es interesante la idea de no “ser de” un lugar sino tener lugares amigos o favoritos. También aparecen la memoria como única pertenencia y el intercambio que se da en la escritura entre escritor y personaje (una especie de trueque entre el alma del personaje y las palabras del escritor). Finalmente el autor se pregunta sobre la muerte como un posible retorno, dejando la respuesta abierta.

El último de este apartado también viene del Perú y está a cargo de Miguel Ángel Zapata, quien se concentra en el viaje como condición en sí de la escritura y en la escritura como modo de poder estar en todos los lugares al mismo tiempo (o al menos en Lima y Nueva York).

Finalmente el **tercer grupo** de ensayos explora el proceso de dislocamiento y la imaginación creativa que se sitúa entre dos o más espacios. La localización es entonces reemplazada por una situación de liminalidad, de inestabilidad, de desarraigo, de “entre” lugares, de *no lugares*. Estas escrituras inestables e indeterminadas requieren de epistemologías alternativas para aprehender más acertadamente las dinámicas de la dislocación, según Heffes. Es hacia la construcción de las mismas que apuntan algunos de estos artículos.

En “Lengua mojada”, Sergio Ramírez hace una extensa compilación de dialectos e historias de exilio que contienen las dificultades y pluralidades existentes bajo la hibridez latina en EE.UU. En su ensayo se destaca la reflexión sobre el exilio como una experiencia que integra lo público (condiciones políticas, económicas, culturales), lo privado (la vivencia singular de cada individuo) y el poder. También el vínculo que el autor señala entre lengua y memoria: “lengua se llama en Quiché a quien habla en nombre de los demás, porque tiene el don de la palabra y representa así a los que no tienen voz” (195). Se abre allí un camino interesante para reflexionar sobre la relación de representación entre escritores, comunidades de origen y comunidades en exilio, pero el texto concluye sin desarrollar éste aspecto.

Rose Mary Salum habla sobre bilingüismo y monolingüismo en EE.UU. observando los procesos identitarios asociados a “lo latino” desde su propia experiencia y auto-observación. También relata los motivos y las dificultades de publicar una revista

interdisciplinaria en español en un mercado que vende fundamentalmente especificidades. Concluye citando a Bolaño: es mentira la versión trágica del exilio. En su texto y experiencia, las franjas divisorias que había imaginado al inicio se han vuelto más tarde una nueva caligrafía bajo la cual la versión (y experiencia) monolingüe desapareció.

En “La gran telenovela de América Latina”, Isaac Goldemberg cruza judaísmo, investigación histórica y lingüística, para proponer una historia de EE.UU. re-creada desde una perspectiva plurilingüística y pluricultural. Tanto su novela—a la que alude en su texto— como su ensayo en sí, se presentan como un “esfuerzo de auto-interpretación de la comunidad latina en USA y su experiencia colectiva” (217), una experiencia en la que el recordar puede ser reconvertido en un re-crear y proponer.

El ensayo de Gisela Heffes—“Fotogramas de la fugacidad: el escritor en tránsito y la transitoriedad de la escritura”, también alude a una auto-reflexión e identidad colectiva que sólo son posibles a la distancia. Al mismo tiempo, la escritora reflexiona sobre el país miniatura (país dentro del país) configurado por las comunidades de inmigrantes. Éstos son por un lado intervenciones espaciales pero al mismo tiempo potencias de re-semantización. El dislocamiento y el dolor, la literatura como *hacedora* del mundo, la lengua como mediatizadora entre presente y pasado y la escritura como modo de conectar ciudad imaginaria e imaginada son otros elementos presentes en su texto.

El de Ana Merino es un texto fundamentalmente testimonial y autobiográfico en el que la autora relata la relación entre niñez y ficción en su familia, la importancia de la escritura en diarios para su práctica creativa y profesional, así como la importancia de la escritura a mano y de los micro-relatos. Finaliza con una observación sobre las características de la escritura que no es hecha en la lengua materna, abriendo la posibilidad de aventurarse a la creación literaria en un idioma que se está adquiriendo. Argumenta: “las buenas invenciones saben expresarse en todas las lenguas con asombrosa naturalidad” (250).

Finalmente, Arturo Arias escribe sobre el blog y publicación titulado “EpiCentroAmerica: Central America Diasporic Art and Rumblings”, y sobre la ubicación de los centroamericanos en términos identitarios y editoriales. Mediante el análisis de textos de autores “centroamericanos”, Arias revisa esa categoría levantando una crítica a los mecanismos de identificación de esta comunidad diaspórica. Entendiendo la identidad como un proceso creativo y a “lo centroamericano” como aquello que está *entre*, más que *en*, Arias levanta una fuerte crítica a los dualismos y esencialismos propios de una construcción identitaria blanca, hegemónica y anglosajona. Propone en contraposición, una conceptualización de Centroamérica como construcción discursiva menos focalizada en un sólo espacio nacional y más relacionada a una colonialidad globalizada. Es así que observa la escritura centroamericana como potencial contrapeso a la literatura centrada en la especificidad del texto escrito, con sus amarres logocéntricos en la alta cultura y la razón. En ese sentido el autor señala que se requieren herramientas para un análisis

poético que incluya aspectos preformativos, como voces, cuerpo, música, interacción con la audiencia, etc. según el autor, la literatura Centroamericana es sobre todo un *entre*, productor de “lenguajes que no descienden del latín” y que permiten enunciar subjetividades contradictorias opuestas a la modernidad eurocéntrica. En palabras del autor, “El sentimiento de pertenencia es siempre un constructor expuesto a continuos ajustes” (283).

Como vemos, el volumen compilado por Heffes presenta una gran variedad de perspectivas que van desde lo analítico a lo testimonial. Esta diversidad ofrece un buen paneo de la actividad y experiencia de escritores hispanoamericanos en EE. UU. Si bien ello resulta valioso, por momentos la falta de profundización en algunos de los tópicos aludidos, deja sin desarrollar elementos que podrían ser de gran aporte para la pregunta que la propia editora proponía: ¿es posible hablar de una poética de los dislocamientos? Ceñidos a su lengua pero no a su tierra, los autores de “Poéticas de los Dislocamientos” se dislocan de esta interrogante, esparciendo el campo temático a una pluralidad diaspórica de reflexiones y relatos. En ese sentido, el libro materializa una concordancia entre la experiencia del dislocamiento y su escritura: al igual que la errancia territorial, los autores desarrollan sus reflexiones a través de tangentes y desvíos en el discurso, en la memoria y en el campo de la proposición.

University of Michigan

LUCÍA NASER